

PCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS
PCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS PERCEPCIONES TEORICAS

TEORIA Y PRACTICA DE LA FORMACION PROFESIONAL

Daniel Prieto



No es fácil abordar con franqueza los problemas específicos de la formación en comunicaciones. Al plantearse el tema, la discusión suele diluirse en consideraciones generales sobre la sociedad y sus males o en vagas propuestas alternativas, de carácter utópico y poco razonadas en sus detalles. Así, son escamoteados puntos difíciles, eludiendo arriesgar opiniones heterodoxas sobre las deficiencias, que son reconocidas en susurros.

¿Qué ave rara egresa hoy de las diversas escuelas de comunicación, con qué conocimientos y destrezas y orientados a qué propósitos?. ¿Qué hacer, por ejemplo, respecto del teoricismo?. ¿Se forma al comunicador para alternativas de trabajo - y compromiso - diferentes a la salida tradicional hacia los medios masivos?. Aún así, como sea que se le forme, ¿se cuestiona de verdad la calidad del proceso de enseñanza-aprendizaje y se hace algo efectivo para superar las limitaciones?.

Daniel Prieto examina en esta entrevista varios de los problemas de las interrogantes. Si a veces levanta polvareda es porque también CHASQUI pretende avivar una polémica urgente y necesaria en el ámbito académico continental.

Eduardo Contreras Budge y Luiz Gonzaga Moffa

CHASQUI: Podríamos iniciar esta conversación abordando el tema del desarrollo de las escuelas de comunicación en la región. En retrospectiva, y a vuelo de pájaro, ¿cómo aprecias tú ese desarrollo?

DANIEL PRIETO: Esa cuestión comencé a experimentarla como alumno en 1960-1961 en una escuela de periodismo en Mendoza, Argentina. AL cabo de dos años decidí abandonar esos estudios porque había una serie de conflictos en cuanto a la formación que yo estaba teniendo. En primer lugar, me enseñaban una cultura general que nunca comentaba algo más allá del siglo XIX, una serie de datos sobre el Renacimiento y temas bastante alejados del quehacer de un periodista. Desde el punto de vista de la comunicación, carecía de información sobre cuestiones básicas, v. gr. evaluaciones de fenómenos de emisión o de percepción, o bien sociología y psicología de la comunicación.

A esto había que añadir una total "división" (no "conflicto", y esto es interesante señalarlo), entre quienes impartían la teoría y quienes impartían la práctica. No se trataba de un conflicto, porque en ningún momento se problematizaba lo que ocurría en nuestra sociedad, pero existía una total escisión, una total distancia, entre quienes nos enseñaban a redactar (y a esto se reducía la enseñanza por los años 60) y quienes, enseñaban literatura o materias de barniz cultural.

Decidí entonces abandonar la carrera y no la completé nunca, pero creo que a partir de aquellos momentos han transcurrido una serie de sucesos en la búsqueda de las escuelas en torno a una metodología que les permitiera afrontar las exigencias de nuestros países. Es una historia conocida: en el intento de expandir el mercado ocupacional, comenzaron por aquellos años a surgir varias especializaciones en relaciones pú-

blicas y relaciones humanas. La visión era totalmente hacia las empresas periodísticas, y como las empresas periodísticas podían o no emplear al egresado se pensó en abrir campos ocupacionales en otras direcciones. Desde luego, esto se cumplía en la perspectiva de la gente de las escuelas, es decir, gente que trabajaba para una empresa periodística o en el campo de la publicidad y otros. Este modo de ver las cosas, según la experiencia personal, se prolongó casi hasta los años 70. El proceso chileno, por un lado, la bibliografía que empezó a venir desde Europa (Francia, Italia, aquellos textos de Umberto Eco); la misma dinámica social, por supuesto; en fin, todo ello empezó a abrir el campo de las escuelas hacia la problemática de tipo social.

CH.: Por esos momentos nos parece que ya comienza otro tipo de crisis. Es decir, una cuestión claramente política:

DANIEL PRIETO, argentino, especialista en Comunicación, reside actualmente en México y trabaja en ILCE. Ejerce la docencia desde 1968 y ha realizado varias experiencias en capacitación de investigadores y comunicadores. Es autor de algunas obras sobre Comunicación y diseño, diseño curricular y análisis de mensajes.

el rol del periodista y su inserción en la sociedad, la denuncia y el compromiso...

D. P.: Es cierto, y ahí sí comenzaron los conflictos. Es decir, la división entre teoría y práctica se mantuvo en los términos anteriores pero se agudizó, porque en el ámbito de la teoría se estaba buscando la línea concientizadora, que anhelaba ser crítica frente a la situación social, en tanto que cotidianamente, en el aspecto técnico se pretendía seguir formando la gente con los cánones antiguos. Pienso, en todo caso, que esa contraposición teoría-práctica es un absurdo, es totalmente falsa. Para mí la comunicación es una actividad teórico-práctica, pero eso habría que discutirlo más adelante. Lo cierto es que a finales de la década del 70, nos encontrábamos (y a mí me tocó verlo) con anomalías como la de alumnos que están terminando la carrera y son incapaces de redactar con relativa coherencia tres o cuatro cuartillas, alumnos que han desarrollado un trabajo de cuatro o cinco años y que en suma han redactado unas 200 cuartillas; calculando, ello equivale casi una línea por día en los cuatro años cursados. Por supuesto no descalificamos la formación crítica impartida, pero sí señalamos que por ese camino se puede caer en el criticismo o en el teoricismo...

CH.: *A ver ¿cómo es eso de teoricismo? Nos parece que quieres lanzar una crítica violenta...*

D. P.: El teoricismo —no la teoría, como iré explicando— forma gente absolutamente inútil, no sólo para enfrentar problemas prácticos de elaboración de mensajes, sino para enfrentar problemas de resolución de situaciones de comunicación, porque justamente por el lado del teoricismo, lo que se hace es brindar una gran cantidad de información en cuanto a teoría de los problemas sociales, y prescindir de la capacidad para resolver situaciones de comunicación. El hecho de que CIESPAL, por ejemplo, esté trabajando en planificación e investigación de la comunicación, en usos de la comunicación, nos indica que ahí hay un vacío que no lograron llenar nuestras escuelas ni nuestros teoricitas a lo largo de 10 o 15 años de trabajo.

Tampoco hay que perder de vista en esto del teoricismo —felizmente una tendencia en vías de superación— la línea del análisis de mensajes y de semiótica. Esta corriente, según mi entender, ha producido verdaderos estragos entre los estudiantes, porque les dejó en la cabeza tres o cuatro esquemas con los cuales

han ambicionado o ambicionan interpretar cualquier mensaje. De un esquematismo reaccionario (o si quieren, funcionalista) arribaron a un esquematismo pretendidamente izquierdista. La cuestión es que un esquemático de izquierda o de derecha continúa siendo esquemático.

Pienso que era necesario este proceso, es decir, no podemos descalificar así desde afuera situaciones que por algo se presentaron, pero el problema es que si uno no se detiene y medita en lo que puede ocurrir de aquí en adelante, las consecuencias pueden ser muy graves.

CH.: *Sin duda, debes tener en mente más de una experiencia concreta. Muchos comunicólogos hemos pasado por los laberintos semiológicos...*

D.P.: Les voy a dar un ejemplo que me parece muy interesante: tengo un libro

“

Alumnos que están terminando la carrera y son incapaces de redactar con relativa coherencia tres o cuatro cuartillas...

”

por ahí intitulado *Retórica y Manipulación Masiva*. Una amiga, alumna de una carrera de comunicación, me dijo un día: “en la bibliografía me han pedido tu libro, lo discutiremos en clase”. Le regale mi libro, pues me interesó que fueran a utilizarlo. Bueno, un mes después me encuentro con mi amiga y le pregunto si ya revisaron mi libro. (El curso era un módulo de comunicación que abarcaba tres meses de trabajo intensivo). “No, —me contesta— no lo vemos todavía. Fíjate que estamos revisando a Foucault sobre la Arqueología del Saber”. Y así transcurren otros 20 días en que otra vez siento la curiosidad: “¿qué pasó con mi libro?” “Bueno —me responde— fíjate que ahora estamos trabajando los textos de Foucault sobre el problema de los hospitales y la salud”. En fin, 15 días después, reencuentro a mi amiga: “¿Bueno, y qué ocurrió con mi libro?” La respuesta era quizá previsible: “es que ahora estamos revisando a Foucault

en relación con las polémicas que ha tenido con otros autores”. Bueno, se terminó el módulo, estudiaron a Foucault, ni una sola palabra de comunicación y, por supuesto, no vieron mi libro.

En comunicación la gente sale mal formada en términos prácticos y en términos teóricos. Eso es gravísimo. Yo creo que la enfermedad está superándose, gracias a la reacción de los propios estudiantes, que ya no soportan el teoricismo. Y hacen muy bien en no soportarlo.

CH.: *Mientras tú hablabas, recordábamos experiencias parecidas. Eso de aislarse en la teoría como círculo vicioso, sin referentes reales...*

D. P.: Es que a mí me parece, y esto hay que decirlo con todas sus letras, que el teoricismo es un magnífico refugio para los mediocres, ¿no? Es decir, el tipo que no quiere pensar situaciones, que no quiere resolver situaciones, que no quiere arriesgar frente a situaciones, se transforma en teoricitas. Una retórica, insiste, con una pretensión de izquierdismo, que en definitiva lo mantiene a resguardo de la posibilidad de afrontar circunstancias y sobre todo, de arriesgar en las situaciones sociales.

CH.: *Pero esta enfermedad del teoricismo está pasando. Hay un retorno consciente a la cuestión de la práctica, de la referencia a nuestras realidades concretas, y el deseo de aportar algo efectivo a la comunicación. ¿No ves tú esbozos de ello en las escuelas?*

D.P.: Mi punto de vista es que las escuelas están buscando su modelo. Ahora, creo que esa búsqueda de modelo debe recorrer por lo menos dos caminos. El primero consiste en una práctica en la cual se exprese o utilice lo que puede aportar la teoría. Uds. ya habrán escuchado mil veces que los teóricos se quejan de que los prácticos no les hacen caso, que consideran que todo lo que ellos hacen carece de valor, que los critican porque no aportan soluciones concretas.

Quizá, una de las grandes tareas de los intelectuales en el campo de la comunicación consiste en arriesgarse a pensar la práctica, y trabajar desde la práctica en soluciones prácticas. Si consigo establecer un puente con la gente que está haciendo la práctica y por ejemplo, me dirijo al problema de la tenencia de la tierra, posiblemente en la práctica se puede estar produciendo un

“

... ofrecemos una teoría de la comunicación o una sociología de la comunicación, una psicología de la comunicación y una filosofía de la comunicación que en definitiva son conceptos abstractos, palabrería.

”

audiovisual sobre el asunto. Esto que propongo, en modo alguno está resuelto; las peleas y los distanciamientos siguen; en las escuelas de periodismo no hay trabajo en equipo y la posibilidad de realizarlo es bastante difícil.

CH.: *¿Cuál es, en esencia, tu noción fundamental en cuanto al tema de la formación de los comunicadores?*

D.P.: Lo que a mí me obsesiona del problema es la capacidad de evaluar y presentar alternativas a situaciones de comunicación. Esto es para mí la clave de la formación, mucho más importante que la capacidad de teorizar largamente sobre la comunicación. Nuestros países reclaman gente que pueda producir con eficacia, insertados socialmente. Pero cuidado, cuando digo eficacia, hablo en relación a lo que se puede aportar a los sectores mayoritarios de la población en términos de poder evaluar y solucionar problemas de comunicación: desde los más pequeños de una comunidad hasta los más globales en situaciones sociales complejas. Esto no lo hacemos; ofrecemos una teoría de la comunicación o una sociología de la comunicación, una psicología de la comunicación y una filosofía de la comunicación que en definitiva son conceptos abstractos, palabrería. No las relacionamos nunca con asuntos sociales concretos.

Insisto en que los alumnos están buscando alternativas a esto. Por ejemplo, es muy interesante que las tesis de licenciatura en las que últimamente me ha tocado ser jurado en México, son tesis orientadas irresistiblemente hacia problemas concretos: alumnos que presentan tesis sobre comunicación educativa, sobre comunicación en el campo, comunicación en los sindicatos... es decir, los alumnos están abriendo el camino que debíamos seguir quienes circunstancialmente oficiamos de profesores.

CH.: *Tú señalas una noción que podría ser clave como criterio orientador para*

la formación en comunicación. Pero muchas veces nos queda la sensación de que falta mucha claridad sobre el camino a seguir en las escuelas. Pareciera existir una larga crisis existencial, de no saber qué son, y a dónde van.

D.P.: Es cierto eso, no está nada claro hacia dónde van las escuelas, incluyendo aquellas que tienen equipos muy fuertes de profesores con una larga tradición de capacitación para la comunicación. Sí, yo creo que las escuelas no saben a dónde van, eso es un hecho. No es que no sepan a dónde van porque haya gente incapaz en los establecimientos (en algunos sí hay gente incapaz por problemas de formación, por problemas que podríamos ver más adelante). Conozco casos de gente excepcional con una fuerte capacitación en el campo de la comunicación y que sin embargo padecen problemas muy grandes para orientar al comunicador.

Pienso que en esos casos hay una herencia proveniente en gran parte de la década del teoricismo, es decir que aún no nos hemos librado de él. Valga esta precisión: yo digo teoricismo, no teoría. La teoría es algo que debe ser fundamental en el apoyo de la comunicación. El teoricismo, en cambio, es una futilidad teórica. No obstante, su influencia fue muy intensa en la década del 70 y en modo alguno ha sido superado, aún cuando aquellas reacciones comentadas crecen cada vez más.

CH.: *Y, desde luego, existe la posible reacción pendular hacia el tecnicismo, y nos parece que dicha reacción no resuelve el problema del perfil deseado para el comunicador de hoy.*

D.P.: Sin dudas; existe la posibilidad que del teoricismo se pase al tecnicismo, como ocurría en los años 60. Pero creo que no, que se buscará un término medio. Sin embargo, con esto no solucionamos el problema. Porque si yo consiguiera, por ejemplo, integrar un equipo de trabajo donde la cuestión teórico-

práctica fuese distribuida en los términos comentados o sea que en la práctica se estuviesen concretando los planteamientos teóricos, y logrando una interrelación permanente entre práctica y teoría, nada de eso termina de solucionar el problema. Porque, aún cuando se hiciera todo ese esfuerzo, la escuela podría seguir orientada en términos muy direccionales o muy esquemáticos hacia la salida tradicional en los medios de comunicación.

CH.: *Pero tú no estás planteando desdeñar esa salida, sin duda. Ciertamente es que a menudo el sistema social restringe salidas, pero reconozcamos que hay poca imaginación, que nos ponemos anteojeras para pensar el perfil del comunicador y sus mercados ocupacionales alternativos.*

D.P.: Me parece que esa salida hacia los medios de comunicación es fundamental y no hay que desestimarla. Lentamente (y creo que en Brasil hay ejemplos) los estudiantes que egresan de las escuelas están influyendo mucho en las empresas y, lo que es más importante, en los sindicatos vinculados con la prensa o con la comunicación. Pero no es la única salida, y es ahí donde se plantea el problema. Como no es la única salida, deducimos que las escuelas no han satisfecho una demanda social.

CH.: *Hacia allá iba nuestra inquietud...*

D.P.: Sí, porque cuando la demanda social existe, debe cubrirse de algún modo. Por el hecho de que yo no enseñe comunicación educativa, no significa que la realidad se resigne a esa carencia: eso es un absurdo.

En la realidad hay que ejercer la comunicación educativa, aún cuando en las escuelas no capaciten a nadie en esa dirección.

Elaboren Uds. un recuento de los sistemas de difusión de nuestras universidades, de sus sistemas de comunicación interna, de la manera en que se or-



ganizan grupos de trabajos, contactos, etc., observarán que son una cadena interminable de desastres y que las universidades no disponen de personal capacitado en comunicación.

CH.: *No obstante, hay otras escuelas –distintas a las de comunicación– que también ofrecen esa formación. Por ejemplo, Trabajo Social o Educación, con estudios o actividades que nosotros, como comunicadores, estamos desdendiendo.*

D.P.: Sí, ¿pero cómo instruyen al estudiante? Veamos un caso que conozco, el de trabajo social. Tengo amigos que son trabajadores sociales con los cuales tratamos de tender algún puente entre la comunicación y el trabajo social. Efectivamente, nuestro comunicador en una municipalidad se parecería un poco a un trabajador social; pero en definitiva no, de ninguna manera es así, porque una cosa es un planificador de una municipalidad –en términos no de manipulación sino de inserción en la comunidad– y otra cosa muy distinta es un trabajador social. A lo que voy es que el trabajador social recibe una pobrísima

capacitación en comunicación: no se le enseña, o se le enseña mal: sólo algunos temas de dinámica de grupo, o relaciones humanas, pero la concepción teórico-práctica de la comunicación y la capacidad de formalizar mensajes y enseñar a formalizar mensajes, el trabajador social no la recibe jamás.

Otro ejemplo, ahora en el campo de la educación. Podría pensar: bueno, ¿cómo voy a formar un especialista en comunicación educativa, si de algún modo las escuelas de educación ya están haciendo eso? Hemos estudiado mucho el problema de México, por ejemplo, en la formación que reciben los maestros, o en la formación que reciben personas que van a trabajar en la educación no-formal, gente que piensa trabajar en la educación de adultos. Y la constante ha sido que lo que se les enseña de comunicación no equivale a cero, pero tiende a cero; es decir, es algo absolutamente mínimo en relación a lo que podría aportarse. Entonces, para mí hay que formar al especialista, hay que formarlo en términos de lo que podrían aportar las escuelas de comunicación. Y en todo caso este especialista podría incorporarse en un trabajo de equipo, con otras personas

provenientes del campo del trabajo social o de otras escuelas. Pero estas profesiones mencionadas por Uds. no están cubriendo en absoluto las necesidades de comunicación; y si en la práctica las cubren las están cubriendo mal.

Permítanme otro ejemplo importante: el problema de la comunicación agrícola. Nuestra tradición a la norteamericana del extensionista rural, que tanto criticaba Paulo Freire, permanece sin resolver porque no hemos capacitado a la gente en comunicación, en esa línea alternativa. El asunto es que hay que generar una teoría, hay que generar una práctica, hay que conseguir o capacitar personal.

El modelo lo tiene que generar la demanda real de la sociedad y su exigencia de democratización y desarrollo popular; pero eso no lo hemos sabido evaluar, no lo hemos sabido ponderar, pues probablemente aquella línea retórica del teoricismo que se ejerce aún, nos impide acercarnos a la realidad social, o quizá porque falten los estudios serios en relación a la demanda que pudiera existir en todos los sectores que estoy mencionando.

CH.: *Una cosa es hablar de perfiles deseados, bien concebidos, como base para definir este 'a dónde vamos' de las escuelas. Supongamos que tengamos esos perfiles —asunto nada fácil, pero imaginable—. Aún así, nos encontramos todavía ante el serio problema de los recursos humanos y los materiales. Digámoslo de otro modo: ¿cómo se han formado los formadores? ¿Están formados y capacitados para capacitar bien? Recordemos que en muchos casos el cambio esencial y duradero de las escuelas de periodismo a escuelas de comunicación fue el cambio de nombre, descontando la desviación del teoricismo. Hubo, en este caso, deseos de cambiar o ampliar el perfil deseado.*

D.P.: Es grave el problema que Uds. plantean. Es cierto que el perfil deseado está en relación directa con la infraestructura, con los cuadros existentes en las escuelas de comunicación. Aquí hay que tener un poco de paciencia también, porque si nosotros habíamos comenzado a fundar con mucho entusiasmo escuelas de periodismo en los años 60, no podemos alcanzar el ideal en tan corto tiempo; en esto debemos ser realistas. Los médicos están formando médicos desde hace muchos años; lo mismo podemos decir de los filósofos y arquitectos. Nosotros hemos empezado a formar comunicólogos hace 20 años.

Creo que las escuelas se irán perfeccionando lentamente, muy lentamente, porque ustedes saben que nuestra profesión carece de prestigio social; la remuneración académica es muy baja; ustedes saben que en el contexto latinoamericano sólo una minoría de gente —en relación con otras carreras— está dedicada a tiempo completo.

No obstante, el proceso será irreversible y serán los propios egresados quienes alimentarán a las escuelas. Inicialmente, esto acarreará problemas: nuestros egresados son poco brillantes. Pero a la larga, será necesariamente cimentada una formación universitaria dentro de las escuelas.

CH.: *Nos faltan y seguirá faltándonos recursos de toda índole, particularmente el personal docente y académico. Por el contrario, esa carencia no es compatible con la cantidad de escuelas y facultades de comunicación. Se habla de más de 160 en la región, quizá 180. Sólo Brasil tiene unas 60 escuelas.*

D.P.: Hay muchas, y de todo tipo. Y además continúan surgiendo por todos lados. Hace poco, por ejemplo, en una provincia de México se fundó una escuela y nos solicitaron ayuda; a la hora en que preguntamos cuál era el personal disponible, se presentaron dos personas que ni siquiera habían entregado su tesis, es decir que eran pasantes de licenciatura. Así, hay una fiebre de fundación de escuelas y cursos en relación con la comunicación porque la demanda social es muy grande, pero no existen los recursos para alimentar esas escuelas ni tampoco hay materiales para alimentarlas. Pero quiero destacar que aún cuando existieran, esos materiales están muy lejos de cubrir la demanda real en los distintos sectores sociales en que se presentan los problemas de comunicación. Por ejemplo, sin ir más lejos, pese a 10 años de promoción, trabajo y exageración en el uso de la semiótica en nuestras escuelas, no conozco un solo texto completo, coherente, bien armado, que le pueda dar al alumno un instrumental para analizar mensajes.

Esa carencia de materiales básicos es inmensa en nuestras escuelas: materiales básicos generados en América La-

tina y para problemas de América Latina. Pero claro, no se puede pedir peras al olmo. Es decir, el olmo está creciendo y aunque nunca producirá peras podrá fructificar posiblemente de algún otro modo.

Claro está, es un proceso largo y no todo es catastrófico: en algunos países la situación está mejor que en otros, hay que reconocerlo. No es lo mismo pensar en los cuadros de comunicación que existen en México, Brasil y Venezuela, por ejemplo, que los existentes en países en donde la capacitación es casi nula. Esto se reflejó —y de paso habría que decirlo— en los proyectos que se presentaron en la última reunión de la UNESCO en Acapulco (sobre el PIDC). Allí había países que estaban requiriendo que se les capacitara operadores para radio, y había otros que planteaban aspectos que evidenciaban la sensación de haber superado muchos problemas de comunicación en esos mismos requerimientos de gente y de capacitación.

CH.: *Y en este largo proceso también hay que afrontar hechos más mundanos, como por ejemplo, el de las remunera-*



ciones. No es posible alimentar a la familia del docente con mística solamente...

D.P.: Claro, pero el problema no es sólo de remuneración. Yo haría referencia a la precariedad de nuestras escuelas en lo referente a los vaivenes políticos—económicos que perjudican la continuidad de los programas. En América Latina podríamos elaborar una larga lista sobre este punto. Por ejemplo, nosotros recibimos una persona capacitada y con una buena formación con serios deseos de canalizar toda su acción hacia las escuelas. Pero lo normal es que el dinero que gana o las posibilidades de desarrollo profesional sean menores a las que puede ofrecerle inclusive un medio de comunicación. Entonces, o termina por repartir su vida entre uno o varios medios de comunicación y la escuela, o simplemente se pasa al otro campo abandonando la escuela. Con esto no pretendo insinuar que en las escuelas vaya quedando el personal menos capacitado ni mucho menos. Hay ya un buen equipo de gente muy capacitada trabajando en América Latina, pero el panorama no es lo más perfecto que uno desearía en términos de la formación de la gente.

CH.: *También se presenta el hecho que muchos comunicadores se forman al margen de las escuelas...*

D.P.: Sí, esto ya lo estuvimos mencionando implícitamente de algún modo cuando decíamos que cuando la sociedad tiene problemas de comunicación, los soluciona porque hay que solucionarlos, independientemente del especialista, o de quien pueda orientar una situación dada. Tenemos muchos casos, por ejemplo el teatro, o la gente que desde otros campos aplicaron la metodología de Freire, o las soluciones que la misma comunidad se ha prodigado frente a crisis o problemas sociales muy concretos. Un ejemplo importante lo encontramos en los sistemas de comunicación espontáneos que luego adquirirían una eficacia increíble durante el proceso que expulsó a Somoza del poder; cuando de súbito una iglesia se transformaba en una sala de redacción y la gente entraba y salía para llevar información de un lugar a otro, estábamos ante sistemas de comunicación generados por la propia necesidad mismos que, evidentemente, no necesitan de las directivas que podemos brindarles nosotros desde las escuelas de comunicación.

CH.: *Sin embargo, pareciera que tú no avalas esas formas emergentes y espontá-*

neas de formar comunicadores...

D.P.: No, yo no concuerdo con el espontaneísmo, es decir, pienso que esas alternativas se han generado y van a seguir generándose, pero que superada la situación hay que aprovechar lo espontáneo para canalizarlo en acciones más complejas y de más largo alcance. Ustedes saben que hay una tradición, bastante peligrosa por cierto, que viene de aquellos textos de Oscar Lewis sobre la antropología de la pobreza y todo eso.

cuidado con eso. Por supuesto que todas esas tecnologías blandas, tecnologías alternativas, apropiadas, no hay que perderlas de vista, pero en términos de lo que se pueda ir avanzando con ellas para romper de algún modo esos círculos de la miseria y de la infracomunicación a la que están sometidas las mayorías de nuestros países.

CH.: *Podríamos terminar esta conversación pensando en las preguntas que te haría un Director de escuela. ¿Qué ha-*



Hay, a veces, una idealización de las formas culturales o de las alternativas comunicacionales que hay que considerar válidas, buenas y necesarias en términos de una situación concreta, pero sin llegar al extremo de plantearlas como el ideal de una alternativa frente al desarrollo de la tecnología y el desarrollo de los medios de comunicación. Es decir, una base de aquella ideología consistía en que había gente exterior al sistema: los pobres, los marginados, y que ellos desde su exterioridad iban a redimir el sistema. Eso es una falacia: no hay nadie exterior al sistema y no se puede glorificar la miseria; hay que tener mucho

cer? Agobiadas por problemas y falta de recursos, las escuelas tienden a caer en el inmediateísmo. Las urgencias de cada día oscurecen el panorama mayor. ¿Cómo salir del inmediateísmo, cómo podemos ser responsablemente impacientes?

D.P.: *¿Qué hacer? Vieja pregunta que provocó algunos cambios sociales alguna vez. En términos de las escuelas, creo que esa expresión que mencionaban —el inmediateísmo— es una de las constantes, no cabe duda. Es decir, hay que solucionar problemas concretos, hay que impartir la clase, no hay presu-*

puesto para investigación, no hay presupuesto para instrumental, no hay presupuesto para recursos técnicos.

Entonces, ¿Qué hacer en términos de las escuelas? Creo que lo que hay que hacer nos lo están sugiriendo, por lo menos en muchos casos, los propios estudiantes. Los estudiantes están orientando sus trabajos de tesis, sus trabajos en el aula, sus discusiones, hacia problemas sociales concretos. De modo que las escuelas están desarrollando una capacidad, a través de los estudiantes —y

lómetros de allí. Creo que al inmediatezismo hay que romperlo con una apelación, con una inserción en la situación social en la que se está produciendo. Es decir, si una escuela está en una provincia, el estudiante debe conocer la historia de esa provincia, sus problemas políticos y sociales; y si está en una gran capital, pues tiene que trabajar en relación con ese entorno.

Romper el inmediatezismo implica asumir una labor muy humilde: forjar materiales que puedan solucionarle al es-

suales, etc.). En algunos casos ya existen los materiales generados y muchas veces desde afuera de nuestras escuelas, pero eso no es suficiente. Hay que forzar o hay que iniciar un trabajo, un movimiento en favor de estos materiales que puedan romper ese inmediatezismo mencionado.

CH.: *Y no olvides ese viejo dilema teoría y práctica...*

D.P.: Quería llegar a eso. Un tema fundamental en términos de qué hacer, es el acercamiento entre los encargados de la teoría y los encargados de la práctica. Ustedes me podrán decir: bueno, tú mencionas esto como algo muy sencillo, porque no te ha tocado. No es así, a mí sí me ha tocado, me ha tocado varias veces y me ha tocado en términos de la total pelea. Yo puedo ser práctico también, he sido ocho años periodista, es una ventaja. La pelea me encontró cuando estaba impartiendo teoría, pero me ha encontrado también en situaciones donde pudimos organizar equipos teóricos-prácticos con resultados realmente muy interesantes. Es decir, el señor de la práctica tenía derecho a opinar sobre mi teoría y yo tenía derecho a opinar sobre su práctica; en poco tiempo el estudiante estaba desarrollando un tema en la teoría que aplicaba en la práctica, y eso permite unos resultados realmente muy interesantes. Claro, como toda luna de miel, duró poco, pero no por culpa de los "mieleros" sino por culpa de situaciones externas.

CH.: *Y hablando de teoría y práctica, y de basarse en el contexto real de la escuela, hay casos interesantes de escuelas y otras instituciones que se relacionan de verdad con sectores populares. No a través de la mediatización intelectualizada del compromiso, sino en la práctica, con obreros, campesinos, sindicatos, pobladores marginales de carne y hueso.*



a veces lamentablemente hay que decirlo, a pesar de los profesores— para abordar análisis de situaciones sociales concretas.

A mí me parece que el inmediatezismo se rompe lanzándose a situaciones que tengan que ver con el entorno real de la escuela en cuestión. Si una escuela está ubicada en un lugar donde la gente vive de la agricultura, del mar, de la minería, esa escuela tiene que pensar los problemas de comunicación derivados de esas actividades, y no seguir pensando como si la escuela estuviera funcionando en la capital o a centenares de ki-

tudiante y al profesor problemas concretos, como aquello que mencionábamos antes: un manualito que pueda enseñar a analizar mensajes no en términos de las acrobacias francesas o italianas (los acróbatas, por suerte, suelen estrellarse), sino en términos de capacidad de analizar el material con el que el comunicólogo o el periodista se va a enfrentar a lo largo de su trabajo. Se trata de lograr manualitos muy elementales, muy didácticos, sobre planificación de la comunicación, sobre investigación de la comunicación, sobre problemas relacionados con la elaboración de mensajes (por ejemplo, guiones, historietas, audiovi-

D.P.: Ciertamente, es muy importante eso de vincularse con instituciones y organizaciones populares. Muchas veces no sabemos con qué alimentar las clases. El teoricismo, por ejemplo, era un recurso muy cómodo de no alimentar con la experiencia, de no alimentar con situaciones reales lo que se estaba enseñando en las escuelas. Esta era una magnífica actitud de escaparle al bulto. Hay una comparación que vale la pena hacer: es la diferencia entre Althusser y Gramsci. Cuando uno lee a Gramsci hay en cada página un ejemplo que Gramsci toma de la vida cotidiana del pueblo italiano. Habla de un sacristán amigo de su ma-



dre, nos presenta un ejemplo y de ahí obtiene una idea. Althusser saca ejemplos de cualquier parte, menos de los aspectos concretos de la vida. Por rara casualidad el althusserianismo tuvo una influencia terrible en nuestras escuelas, una influencia nefasta, a mi modo de ver.

CH.: *¿Y tú postulas que ese retorno a las situaciones reales, concretas, es un camino más fructífero no sólo para el compromiso, sino también para ofrecer una formación adecuada al estudiante?*

D.P.: Pienso que buscar núcleos generadores de problemas, núcleos situacionales que alimenten los cursos, es un camino muy interesante para conseguir la coherencia interna del curso, un estimulante para quien esté trabajando en ellos. O sea, por ejemplo, si yo tengo que enseñar una corriente teórica, si yo tengo que impartir temas que aparentemente son muy teóricos, como los problemas sociales generales y los relativos al modo de producción, a las relaciones sociales de producción, a la ideología, etc., pienso que (no sólo en la comunicación sino en cualquier campo) quien no es capaz de vincular eso con problemas sociales concretos y de completarlos con ejemplos y realismo, está haciendo algo que realmente no sirve para nada.

Una vieja regla nos demuestra que

los estudiantes aprenden con la experiencia, con la experiencia que ellos pueden generar y analizar. Pero repetir palabras para que el otro me repita otras palabras es una tarea que en relación con la comunicación es, a mi modo de ver, francamente suicida, por la sencilla razón de que estamos ante una actividad teórico-práctica. Cuando todo se convierte en teoría, se producen los problemas que ya conocemos. A mí me parece fundamental que cada tema teórico esté vinculado a una situación—problema real, tomada de la sociedad, del entorno y las necesidades en las cuales vive el estudiante.

CH.: *Te cedemos la palabra para unas últimas reflexiones en torno a un tema que —esperamos— no quede cerrado ni se tome con benéfica complacencia.*

D.P.: Es a mí a quien corresponde agradecerles esta oportunidad. No he pretendido pontificar. No lo tomen así. Claro está, tengo mis posiciones que modestamente someto a discusión. Creo que es bueno que abramos este debate acerca de la formación del comunicador. Qué queremos que sea y que sepa hacer, cómo resolvemos su capacitación. Yo quisiera, para terminar, narrar una anécdota: hace un tiempo, algunos colegas llegaron a tal extremo en el teoricismo, que uno de ellos me dijo lo siguiente: “Un estudiante de comunicación no necesita desarrollar ninguna capacidad

expresiva” (la palabra expresiva la pongo yo —él no usaba ese término, pero la palabra válida es ésta). Es decir, este estudiante no necesitaría siquiera saber redactar correctamente porque cuando él egrese se va a dedicar a dirigir empresas de comunicación o se va a dedicar a planificar la comunicación desde un ministerio o algo parecido.

Mi colega estaba absoluta y totalmente equivocado (y creo que bastante loco por cierto), porque el teoricismo llegó a tales extremos que, pensando que el estudiante conocía las variables fundamentales de una sociedad, en términos del modo de producción, etc., se creía que de allí él podía opinar, evaluar y tomar decisiones en comunicación. Pero el estudiante para asumir decisiones en términos sociales generales, debe saber evaluar situaciones de comunicación, debe saber investigar la comunicación, debe haber escalonado todos los peldaños que significan una capacitación inmensa en el terreno de la comunicación. Y hay que recordar que no hay buen director de orquesta que no sepa tocar un instrumento. A nadie se le ocurre un director de orquesta que ignora las notas de la escala y que no sabe ni siquiera manejar una guitarra.

Esas locuras han sido muy comunes en nuestros países. Creo que estamos saliendo de ellas, por suerte. Y seguramente que en el camino quedarán muchos teóricos en esta avalancha histórica que ojalá los sepulte. ■